

Palabras de la Dra. Barcia durante la presentación de la nueva edición de Cecilia Valdés o la Loma del Ángel.

Dar a conocer a los lectores cubanos, en el sentido estricto del término, un libro como *Cecilia Valdés o la Loma del Ángel*, es algo imposible de imaginar, pues se trata de un clásico de nuestra literatura que niños, jóvenes y viejos conocen; pero lo que si resulta grato y viable es presentar esta última edición, crítica además pues ha sido cuidadosamente anotada por Cira Romero y Reynaldo González, excelentes especialistas. Este último es reconocido, como un sagaz estudioso de la obra villardiana, como demostró en su ensayo *Contradanzas y Latigazos*, en tanto Cira se ha destacado como una cabal y prolija investigadora de nuestra narrativa.

La edición que se presenta hoy es de una factura excelente y merece un reconocimiento especial para la Editorial Boloña que nos la entrega cuidadosamente diseñada e impresa, al punto de reproducir, incluso, los grabados que acompañaron la de 1882.

Mérito esencial de este libro es el excelente ensayo de Reynaldo González titulado «Cirilo Villaverde y los Delmontinos: el drama racial en Cecilia Valdés», que le sirve de Introducción. Cabe recordar que la tertulia organizada por Domingo Delmonte, acogió a un grupo de jóvenes intelectuales, liberales todos, que daban a conocer sus ideas, leían sus cuentos novelas y ensayos y desde luego, como es de suponer en tiempos de restricción a las opiniones separatistas y anticoloniales, compartían puntos de vista transgresores por lo cual eran objeto de una gran vigilancia por parte del poder político. Tal vez Villaverde fuese menos asiduo que otros como ocurrió con José Joaquín Palma o Zacarías González del Valle, como deja entrever Reynaldo, pero su asistencia a las discusiones del grupo le permitieron acceder a autores novedosos para la época, como fueron Honorato de Balzac, Walter Scott, Fenimore Cooper y Manzoni. En esos años Villaverde publicaba artículos en revistas habaneras como *El Plantel*, *El Album* o la *Siempreviva*, entre otras de similar corte, también escribía su *Excursión a Vueltabajo* y el *Diario de un Ranchador*, que reflejan el conocimiento de esa región, donde nació y vivió parte de su infancia. Fue esa estazona del paísuna de las más importantes para el tráfico negrero y para la explotación de los esclavizados en cafetales e ingenios tempranos.

Como recuerda Reynaldo, Villaverde pertenecía a una extensa familia compuesta por sus mayores y 11 hermanos, 9 de estos varones. A su padre lo consideró siempre como poco afectuoso, pero poco tiempo podía quedarle para sostener y atender a tantos retoños, era médico romancista, es decir cirujano, una categoría muy poco valorada en esos años y ejercía su profesión en el ingenio, Santiago, donde, desde luego, atendía a los esclavos. Esto no es de extrañar pues muchos otros profesionales de su tiempo, como por ejemplo Edward Finlay y Tomás Romay, tuvieron igual desempeño.

En el ingenio vivía toda la familia Villaverde, por lo que de una forma u otra Cirilo conoció, desde niño, los horrores de la esclavitud de plantación, más pavorososaún que los de la esclavitud urbana, que apreciaría años después en la capital.

Era Vueltabajo, como ya expuse, zona de desembarcos clandestinos de africanos que arribaban por ambas costas y también lugar propicio, por sus montañas, para el cimarronaje. Unos y otros aspectos fueron abordados por Villaverde en los trabajos antes mencionados.

Niño aun, fue enviado a la capital con dos de sus hermanos mayores, bajo el amparo de una tía que vivía en un barrio pobre, en la esquina que hacían las calles de Campanario y Maloja. Sus estudios fueron precarios hasta que logró aprender latín para matricular en un corto curso de Filosofía, luego hizo prácticas con un abogado que calificó de «trapalón» y más tarde laboró, como maestro, en escuelas primarias. Estos antecedentes

no eran los más apropiados para participar y ser acogido en un círculo de intelectuales liberales burgueses. Su más cercano colega fue Palma quien lo alentó para que abundara en una novela de corte realista.

Hago un paréntesis en mis apreciaciones sobre el ensayo de Reynaldo para tratar de describir La Habana en la que vivió D. Cirilo. Este había nacido en 1812 y fue enviado a la capital de niño, posiblemente con 8 años, pues hasta los 7 se mantenía a los infantes en escuelas similares a las denominadas de amigas donde se pagaba en especie; en el caso de Cirilo y sus hermanos con huevos y velas que servían para iluminar, con profusión, a los santos. Debió llegar a La Habana de los años 20 y vivir su juventud en la de los 30.

En 1817 la trata negrera fue declarada ilegal por presiones ejercidas por Inglaterra, que tras haber sido el país que más esclavizados introdujo en el Nuevo Mundo, pasó a ser la mayor enemiga de ese comercio bajo el manto de una supuesta filantropía. Los grandes hacendados, dueños de industrias en pleno desarrollo, demandaban esclavos y los compraban a precios elevados. La trata era un negocio exitoso, que rápidamente enriquecía a sus partícipes, pero también peligroso para la vida de los involucrados. Por múltiples factores todo se hizo más complicado a partir de 1835, con la firma de un segundo tratado para impedir trata negrera y se incrementaron las presiones inglesas sobre las costas de África y Cuba. Esta situación se reflejó en múltiples acciones intervencionistas, entre estas la presencia subversiva de un pontón permanente en la bahía habanera, el *Romney*, que estaba tripulado por negros procedentes de la colonia inglesa de Jamaica.

En ese entramado político muy complejo en el cual actuaban los ingleses con su particular imperialismo, se produjo el acercamiento de Richard Maddena los delmontinos, por una parte, y a los pardos y mulatos adinerados, por otra, la consecuencia fue una mayor persecución a los portadores del liberalismo y a los movimientos separatistas que amenazaban fuera de fronteras, unos forzaban fomentando movimientos subversivos, otros cerraban filas pretextando el peligro.

Por otra parte se producía en esos años la devaluación política de los criollos, que hasta ese momento habían controlado y protegido, desde Cuba, sus intereses. A la Isla llegaron varios «ayacuchos» derrotados en Sudamérica, el más destacado Miguel Tacón, tanto él como sus sucesores privilegiaron los intereses de los círculos de poder españoles, entonces, los integrados por criollos, incluyendo las instituciones en que participaban, como la Sociedad Patriótica por ejemplo, pasaron a un segundo plano. A finales de los años treinta se suprimió la participación de los representantes criollos en las Cortes españolas bajo el pretexto de la diferencia de necesidades e intereses entre las colonias y su metrópoli, supuestamente se debían formular leyes especiales pero estas nunca se aprobaron y los capitanes generales gobernaron desde ese momento, con Facultades Omnímodas, cuestión que se prolongó hasta el Pacto del Zanjón. Fue una etapa también de conspiraciones separatistas, entre estas la presidida por Narciso López, en la que participó Villaverde.

La capital era una ciudad concebida para prestar servicios, con una economía terciaria que aún hoy la caracteriza, mostraba una riqueza ostentosa, por una parte, y por otra barrios muy pobres habitados por negros y mulatos libres, que tenían sus cabildos de nación, sus batallones de morenos y pardos libres y sus cofradías católicas. Una ciudad mestiza, con más población «de color» que blanca, que alternaba en teatros como el Principal o el Tacón, donde se exponían lo más notable de la música y el baile europeos y se hacían festejos espléndidos para los ricos, con otros espacios que mezclaban a poderosos y subalternos, a blancos y a negros en las fiestas de cuna, auspiciadas por el sector «de color», porque era esta era una forma de divertirse y de ganar dinero. En esa

sociedad la atención al cuerpo humano estaba en manos de los negros y mulatos, eran los mejores sastres, eran propietarios de las principales funerarias, se desempeñaban como cocineros sobresalientes, sus costureras eran las más primorosas, todo, al servicio de los blancos.

La Habana que describe Cirilo responde a un contexto internacional atlántico, permeado de influencias de todo tipo, que prolonga sus estertores hasta finales de los años sesenta. Ese contexto ya había concluido en 1879, cuando realizó las últimas modificaciones a su novela, para entonces buena parte de lo que había narrado era ya historia, esa que desde una perspectiva actual definiríamos como reciente.

Dice muy bien Reynaldo que Cecilia Valdés ha sido un documento de obligada consulta para los estudiosos de esa época, historiadores o literatos, algo similar a lo que ocurre con los diarios de viajero, porque en ambos casos se refiere, de una manera objetiva, lo que ocurre en la sociedad

Tras su ensayo aparecen las consideraciones de Cira Romero, más concretas, pues se refieren a lo que denomina «Idas y Vueltas de una novela» y es precisamente eso lo que hace, pues sigue el camino del texto desde la primera entrega, en forma de folleto, a La Siempreviva, cuando aún no se habían perfilado las características específicas que identificarían luego a Cecilia y Leonardo, quien tuvo primero el nombre el de Leocadio, menos atractivo.

Luego escribió Villaverde otro capítulo, conservado por Emeterio Santovenia y rescatado por el erudito Friol, que fue suprimido de la obra. Cira va relatando las idas y vueltas de la novela, como se propuso, siempre vinculadas a los caminos que seguía su autor, quien confiesa, en 1873 que le resultaba difícil concentrar sus pensamientos y que le costaba trabajo escribir. Finalmente se sobrepuso y 9 años después logró culminar su libro. En 1884 confesaba, nos cuenta Cira, que su Cecilia le había gustado mucho a Máximo Gómez, quien le había pedido cuatro ejemplares, que desde luego le envió. Es obligado mencionar que la Dra. Romero considera, reafirmando lo expresado por Villaverde, quien calificó a su obra como novela de costumbres, que lo es en sus más amplias variantes.

Como historiadora confieso que he usado la novela de Villaverde, en múltiples ocasiones, en mis clases, conferencias y libros, con la total seguridad de que siempre relató acciones que había conocido y que construyó sus personajes a partir de la participación de sujetos reales en sucesos que también fueron verídicos. Por largos años he investigado en archivos de Cuba y España y puedo afirmar, sin temor a equivocarme, que Villaverde siempre refirió hechos, circunstancias y personajes reales. En el Archivo de Indias encontré, hace años, un documento con el crimen por adulterio y el posterior ajusticiamiento que el resume en sus páginas, la ejecución se demoró porque se trataba de una mujer blanca y no podía ser agarrotada por un verdugo negro y esa función rara vez era desempeñada por blancos.

La Habana acogía a una sociedad caracterizada por la consensualidad, la ilegalidad la atravesaba en todas sus expresiones, los matrimonios de las capas adineradas eran contratos entre el dinero y la apariencia, como el de Gamboa y Rosa, o el concertado para Leonardo con Isabel Ilincheta, el amor se buscaba en otros espacios, las leyes trataban de controlar estas transgresiones, y los documentos judiciales nos permiten conocerlas.

Las nodrizas esclavas debían dejar de lado a sus hijos recién nacidos para amamantar los de sus amas, como ocurrió con María Regla, y a pesar de todo los criaron y amaron, los convirtieron en sus hijos de leche y en gran medida les transmitieron elementos de sus culturas de origen.

La movilidad social era sustanciosa, los libres de color ricos contaban con muchos

esclavos, al igual que los blancos poderosos y en múltiples ocasiones pertenecían a sus propias etnias.

Ninguno de los relatos de Villaverde es exagerado, tampoco minimiza las costumbres y acciones que describe, desde luego hay ajustes a la realidad, en detalles, pero esto propios de cualquier narrativa. Un ejemplo de estos acomodados es lo ocurrido con *El Veloz*, este barco negrero viajó, entre las costas africanas y Cuba, en los años comprendidos entre 1831 y 1839, en nueve ocasiones, esto era bien conocido en La Habana, también que el malagueño Pedro Blanco era un negrero principal, no obstante en la fecha marcada por Villaverde, ya éste no capitaneaba buque alguno, pues residía en la ciudad habanera, y era dueño de una casa comercial, cuyo principal rubro era, por supuesto, el trasiego de esclavos. Pero de una u otra forma Villaverde se apoyaba en hechos reales, matizados con una intención de reforzar los avatares de un negocio que eran fuente de enriquecimiento de muchos, criollos y españoles, como ocurría con Gamboa. Son solo consideraciones pero las resalto pues son muy importantes para la valoración de una novela donde los amores entre Cecilia y Leonardo, comunes también en esos años, sirvieron de pretexto a su autor para reproducir una época histórica. Deseo concluir estas cuartillas con una atrevida digresión, pues estoy muy lejos de dominar los entresijos metodológicos de la narrativa, pero recuerdo que cuando Georg Lukacs publicó *La forma clásica de la novela histórica*, recalca que esta había nacido con Walter Scott, añadía que Balzac destacaba sus rasgos artísticos y que uno de los más importantes era que la concepción de este tipo de narrativa destinada a reproducir las actividades de los estratos sociales subordinados, añadiendo que su grandeza radicaba en la reconstrucción de esos personajes y en analizar su accionar como el resultado de crisis históricas.

Recuerdo entonces que en las tertulias delmontinas Villaverde se aproximó a Scott y también a otros novelistas de igual tendencia, que naturalmente lo influyeron y que los personajes de su novela se ubican en una sociedad compleja para cuyos avatares, carecía aún de respuestas definitivas. Estimo, no obstante que fue extremadamente parco al ubicar su Cecilia en el marco de un género que solo se basa en el retrato y la reproducción de costumbres y tipos de un país. Es cierto que reproduce hábitos y prácticas sociales y construye figuras canónicas, pero también y más importante aún lo es que interpreta elementos conflictuales de la sociedad cubana y lo hace vinculando sus extremos.

Les propongo entonces que vuelvan a leer Cecilia, acompañados de la sabia conducción de Reynaldo González y de Cira Romero, pues seguramente les sorprenderá encontrar ángulos que no habías apreciado y continuidades que nos acercan al presente habanero.

Dra. María del Carmen Barcia.